

pues contra su mujer no había por qué.

-¡Voy a saltar de la cama! ¡Salto! ¿Quién me lo impide?

Y no saltaba por eso mismo, porque era su derecho, porque nadie lo impedía; y su mujercita le hubiera acercado ropa muy contenta, y le hubiera alumbrado hasta la calle, sonriente.

Se quedó dormido protestando contra la excesiva virtud de su esposa, que por ser una santa le obligaba a él, por no tener remordimientos, a ser, por lo menos, el *beato* Autónomo.

Y pasaban días y días, y siempre así.

En fin, llegó a encontrarse con todos sus vicios extirpados, incapaz de la menor calaverada, que hubiera sido temida por ingratitude para con aquella *santa familia* en que él mismo se veía con su aureola resplandeciente.

-Pero, señor, si yo no iba para santo; si esto es a la fuerza. ¡Esto no es la perfecta casada, esto es la *pluscuamperfecta*!

Y poco a poco le creció la manía hasta el punto de aborrecer, a su manera, a aquella mujer, a quien adoraría de rodillas y por no disgustar a la cual estaba él ganando el cielo.

Y de una en otra, vino a parar en comprar una maquinilla manual de imprimir, y se encerraba en su casa, imprimiendo en tarjeas, volantes, besalamanos⁸, etc., las mismas palabras, pocas. Y después, de noche, los llevaba al correo y estaba cinco minutos echando papel por la boca abierta del león⁹, pasmado de tanta correspondencia.

Había comprado el libro de las cien mil señas y había dirigido a todos los periódicos del mundo, o a muchos por lo menos, a las agencias, a los abogados, obispos, diputados, cónsules, jueces, alcaldes, banqueros, etc., la misma noticia, que los importaba igualmente a todos: nada.

El juez de guardia, que la recibió también, fue el único que hizo caso de ella. Decía así el volante que recibió: «Mato por no aguantar a mi mujer.»

Y en efecto, Autónomo se suicidó de veras¹⁰.

Por más que se hizo, no se pudo ocultar la terrible catástrofe de Serafina; y lo peor fue que, por la inmensa publicidad que el suicida había dado a la noticia, tardó muy poco en llegar a conocimiento de la santa esposa la causa del suicidio. Su marido se mataba por no aguantarla a ella!

El buen sentido hizo que el público en masa, conocidas las cualidades de la virtuosa señora, declarase que el hombre se había vuelto loco de pura felicidad doméstica. Sólo así se explicaba el absurdo de *matarse por no aguantar a la perfecta casada*.

Sin embargo, cierto solterón empedernido amigo del difunto, decía:

-A la muerte de Autónomo no se le ha sacado toda la filosofía que tiene. No estaba loco. Lo que ha hecho es darme un ejemplo con su muerte. La filosofía de ese suicidio es ésta «Mato por no aguantar a mi mujer». Pero su mujer era mejor del mundo. Luego... la mejor de las mujeres es inaguantable. ¡Lo que serán las otras! ¡Y lo que será el matrimonio!

Este Autónomo es el redentor de los célibes.

1. Recogido en el volumen póstumo *Doctor Sutilis*, lleva el mismo título que el famoso libro de fray Luis de León (véase nota 2 a la *Imperfecta casada*) en el Capítulo III de *La Regenta* se lee: "En Vetusta, decir la Regenta era decir la perfecta casada".
2. Este nombre está utilizado por Clarín irónicamente, ya que el personaje es todo menos autónomo.

3. La fiesta de San Autónomo, obispo de Bitinia (m.323), cae el 12 de septiembre; por cierto no figura la vida de este santo en *La leyenda de oro* (véase nota 3 a la *Imperfecta casada*).

4. *Aurea mediocritas*: dorada medianía (conocida mención de Horacio).

5. Importante compañía española de seguros.

6. Véase la primera cita del libro fray Luis en *La imperfecta casada*.

7. Leopoldo Alas, a quien le gustaba mucho trabajar por la noche, se queja en sus cartas de dolores de estómago durante la última década de su vida (moriría de tuberculosis intestinal), dolores que van acompañados de fuertes depresiones nerviosas.

8. Esquela que lleva la abreviatura B.L.M., redactada en la tercera persona y sin firma.

9. Buzón de la Casa de Correos.

10. En un artículo titulado "El Conill" y fechado el 10 de septiembre de 1876, donde trata del suicidio de un señor llamado así, escribe el joven Clarín: "Yo creo que el hombre libre -libre de conciencia, sobre todo- es el que tiene la idea cabal y el sentimiento propio de la dignidad de la vida. Mientras se crea que el Estado puede matar, hay motivo para creer que el individuo se puede matar; cada cual lleva dentro de sí un Estado, es la misma conciencia en todo lo que se refiere a justicia; ahora bien, si hay un fuero interno en que el Estado exterior no puede intervenir, allí, el juez es el individuo mismo, allí, el poder ejecutivo es el individuo también y si hay delitos que merecen la pena de muerte...hay derecho al suicidio. Yo condeno el suicidio en absoluto, entendámonos..." (Preludios de "Clarín"). En un relato inacabado de la misma época, titulado *Kant*, perro viejo (1880-1881) y el perro empieza explicando por qué se va a suicidar ("por instinto de conservación") (véase S. Beser, "En torno a un cuento olvidado de Leopoldo Alas"). Es curioso notar, también, que en otra narración de Doctor Sutilis, titulada *Novela realista* -publicada originalmente en *La publicidad* del 15 de septiembre de 1880-, el protagonista acaba suicidándose por razones bastante distintas. Cabe señalar que en este caso y en el de Autónomo los suicidas, lejos de actuar en privado, dejan plena noticia de las supuestas razones que los han impelido a tal acto definitivo.

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN" (1852- 1901)

Nació en Zamora, España. Estudió leyes y posteriormente fue catedrático de la Universidad de Oviedo. Desde su juventud trabajó en diversos periódicos y fue en sus actividades periodísticas como hizo famoso el pseudónimo "Clarín".

"*La regenta*" es una obra maestra de "Clarín" que narra en la degeneración moral de la protagonista Ana Azores y de la ciudad donde vive, Vetusta.

Otras obras del autor español son "*¡Adiós Corderal!*", "*Doña Bertha*", "*Cristales*" y "*La perfecta casada*".

Si procedemos de mayor a menor en relación con el lugar donde nos tocó nacer y vivir diremos que estamos en el planeta tierra, en un país que es México y en una ciudad que puede ser en la que tú vives. En los textos siguientes se habla de lugares y de personas que los habitan. Se espera que la lectura te lleve a la captación de los valores que en los textos se presentan y te hagan revalorar tu entorno.

VII. A. 1.- Lee el texto "El entierro del templo mayor" de Rosaura Barahona.

2.- Explica por qué el texto se titula de esa manera.

3.- Describe a quién comparan con un azteca y por qué.

4.- Interpreta connotativamente el final "...y entonces habremos aprendido una vez más que todo tiene que cambiar para seguir igual".

El entierro del Templo Mayor

ROSAURA BARAHONA

A Roberto Escamilla

Lo más bello de la casa eran las montañas al fondo (que en realidad no eran de la casa pero como si lo fueran). Esas montañas enormes, serenas, inmovibles que nos recuerdan con frecuencia lo efímero de nuestra estancia aquí. La casa era pequeña aunque con todo lo que necesitábamos. Era rara; lo asimétrico de sus habitaciones engañaba a la vista y las hacía aparecer más grandes de lo que en realidad eran. Me gustaba que fuese acogedora; en su salita pequeña con sólo la luz de las lámparas el ambiente se volvía tranquilo y las conversaciones se alargaban sin sentir. Al pequeño patio lo habíamos convertido en un estudio que se volvió una isla a donde no llegaban el ruido del teléfono ni el sonido del timbre de la puerta. Y luego estaba la terraza, esa terraza que originalmente iba a ser el baño y el vestidor de lo que el arquitecto pomposamente llamaba la recámara principal y que gracias a la devaluación se quedó tal y como estaba ahora, lo que tú y yo considerábamos afortunado porque era de ahí desde donde contemplábamos las inevitables montañas. Porque eran inevitables. Absolutamente. A veces azules, a veces negras, a veces pardas, a veces incluso casi verdes -cuando llovía-, a veces tan secas que si poníamos un poco de atención podíamos escuchar el crujir de su vegetación quebradiza. Por donde quiera que nos asomásemos, la vista se estrellaba con ellas lo que obligaba en sumisión gozosa a recorrerlas como si se vieses por primera vez. Nos encantaba espíarlas al amanecer cuando casi pudorosas se cubrían con una neblina tenue que empezaba a levantar conforme el sol se elevaba. En ocasiones -quién sabe por qué razón- sólo la parte superior de la neblina desaparecía y las montañas se quedaban llenas de cascadas y girones nebulosos. A menudo la neblina volvía al atardecer y se concentraba casi con ras del suelo como brotado de él para dejarse arrullar por los faldones de roca. Cuando esto sucedía el caso cambiaba de ritmo y alargaba hasta donde le era posible el esplendor de su último instante. Eran tus montañas. Y las mías. A la ciudad yo nunca había podido aceptarla como mía porque sabía -o sentía- que ella nunca me había acogido como suya. Pero las montañas eran nuestras. La desangelada ciudad se ganaba con facilidad todos los reclamos que se nos podían ocurrir y que con frecuencia le lanzábamos en alarde de alevosía y ventaja sabedores de que la pobre no se podía defender. Ahora sé que en más de una ocasión proyectamos nuestras culpas y nuestras frustraciones sobre ella sabedores también de que no vivir en el lugar idóneo para desarrollar los talentos que se poseen es quizá la excusa más socorrida cuando se ha sido capaz de cumplir con sus ambiciones.

Como si fuese poco, un día la ciudad nos jugó una mala pasada. De pequeña ciudad de provincia llena de callejones, rincones, cafés, cines y plazuelas que nos identificaban con nosotros mismos, con los otros y con una época, repentinamente se nos convirtió -como adolescente que hubiese retrasado su crecimiento y que en un mes se hubiera estirado todo lo que los demás les tomó dos años- en una ciudad extensísima con tráfico asfixiante, con smog, con prisas, con colas para todo: cine, el pan, el super, las tortillas, el estacionamiento, el dentista, el restaurante (esas colas que hasta hace poco sólo veíamos en el DF y que no nos explicábamos cómo la gente podía soportar). Y se volvió más desgarrada porque creció tan inespablemente como arbitrariamente. Fue entonces cuando quisieron remozarla y la llenaron de edificios rectilíneos, modernos, enormes, despersonalizados y bellos; sí, tan bellos como los de cualquier otra ciudad grande y llena de edificios rectilíneos, modernos y despersonalizados.

Y entonces, huíamos de ellos y nos íbamos a caminar al centro y a recorrer tu calle Zaragoza (la que te ingenias para meter en uno de tus documentales); esa calle Zaragoza de la que no sólo te sabías de memoria la configuración que tenía en ese momento sino la de cada paso de su transformación: "Ahí estuvo mucho tiempo 'La Miniatura' y aquí 'El Tupinambá' y allá había una revistería en la que comprábamos 'Bohemia'... Por ahí habíamos huido tras quién sabe qué travesura que hicimos temerosos y allá habías oído por primera vez el nombre de Bergman de labios de Artemio que acababa de regresar de París. Y por aquí cruzaba Cecilia rumbo a su casa y tú la veías cruzar convertido en esfinge sin encontrar jamás ni un momento ni el valor para acercarte y hablarle y así empezar a convertir en realidad todas tus fantasías amorosas.

Aunque no era sólo la calle Zaragoza (el cambio de sentido a la Calzada Madero en una sola dirección y la ampliación de Colón fueron casi atentados personales contra ti), era la más importante. Morelos, Padre Mier, Escobedo, Emilio Carranza, Juan Ignacio, Zuazua, Dr. Coss, todas guardaban, sin saberlo archivos enteros de recuerdos disfrazados de puertas de cambio de nombres de tiendas, de rostros de meseros, de boticarios familiares, de boleterías de un olor a pan recién hecho que falta cada vez que se pasa por la esquina de "El nopal" (que por supuesto, desapareció hace años) y de un restaurante burlesco

en donde se comían las tortas más sensacionales del mundo.

Pero Zaragoza era a donde todo confluía de una u otra manera. Zaragoza con ese "Olympia" que despreciabas porque había surgido a costa del tan amado "Rex": el "Rex" de los populares de tres películas por \$ 1.50; el "Rex" de las películas porno de aquella época en que no había películas porno pero en la que cualquier película italiana o francesa de oscura fotografía, mal sonido y temas raros era fuerte o atrevida si insinuaba alguna relación no tradicional o si dejaba asomar el brote de un seno o la parte superior de un muslo femenino. Detestabas el "Olympia" (ese "Olympia" que hoy no te atreves a reconocer que echas de menos) con una indignación que a mí terminaba por darme risa porque aunque la sabía muy auténtica no acababa de entenderla. Jamás te lo dije pero te me figurabas uno de aquellos aztecas a quienes los españoles les arrasaron sus templos sin el menor asomo de respeto para, sobre sus ruinas, construir las iglesias 'civilizadas'. Te sentías robado (aunque nunca lo confesaste y no sé siquiera si lo pensaste). Se llevaban el "Rex" y con sus butacas de madera, sus pilares raros y su gayola de bancas se iban tus descubrimientos, tus pláticas, tus escapadas de la prepa y la oportunidad de señalar la butaca exacta en que "El abogado" -después de comprar un pasanuez en la dulcería del cine- se sentaba invariablemente.

Era, según me contabas, todo un ritual: chocolate en mano, se lanzaba a contar las filas y escogía precisamente la de la mitad; luego, contaba las butacas y seleccionaba la del justo medio. Sólo así podía ver la función tranquilo. Hoy te molesta pensar que ese ritual que se repitió con naturalidad por años se haya vuelto imposible. Las funciones de 2, de 4, de 6 y de 9 están siempre a punto de reventar y tú casi reventas junto con ellas cuando entras y ves gente en un cine que imaginabas vacío a una hora en que "antes" la gente no iba al cine. Hoy nadie puede escoger butacas; agradece encontrarlas.

Y no te resignas. Como tampoco te resignas a que la función ya no sea doble o a que se haya inventado en esta ciudad tan inconfesadamente amada por ti, un intermedio que altera las películas pero que la gente espera con ansia para salir corriendo a comprar dulces (que es, al parecer, a lo que van al cine).

El río ya no es tu río y los puentes son varios (antes había sólo uno y tú te acuerdas cuando lo construyeron). El sentido de barrio casi ha desaparecido y la gente sólo como excepción saca las mecedoras a la banqueta y se pone a platicar. Quizás como dice Villegas, la televisión y el aire acondicionado (que sólo los millonarios tenían antaño) han metido a la gente en su casa aislándola del chisme cotidiano o del saludo diario que fueron durante siglos nuestras formas de comunicación más normales.

Incluso la tele ya no es tu tele. Esa tele del Cerro del Topo (con un locutor de cuyo nombre te molesta que nadie se acuerde ahora que se celebran los 25 años de la televisión regiomontana), transmitiendo películas del cine mudo en las que tantas cosas descubriste. Hoy la televisión es casi magia (para mí siempre lo ha sido). Te reproduce las películas que grabas y te ofrece en un mes, gracias a un plato que yo tampoco acabo de entender, muchas más cosas de las que se pueden ver a lo largo de una vida.

Y en casa se ha vuelto broma tu "¿Habrá un choque?" cada vez que salimos a algún sitio y caemos en un embotellamiento. Los demás contestamos a coro: "No, lo que pasa es que ya somos dos millones", y tú sonríes con una sonrisa que tiene poco de resignación y mucho de nostalgia.

Hoy las montañas siguen ahí. Tus montañas y las mías. Pero el centro no. Lo destruyeron para que tus hijos tengan una ciudad más bella en donde vivir. (Al menos eso dicen los que pretenden saber). También dicen que dentro de pocos años ya nadie se acordará de cómo era la calle Zaragoza. Yo sé que no es verdad. Como lo saben Chuy, César, Jorge, Poncho, El abogado, Miguel y Silvia, Julián, Luis; como lo saben tantos otros. Sin importar que también sepamos que un día no muy lejano reconstruir la calle Zaragoza será una tarea de investigación documental que realizará en los archivos municipales un estudioso que probablemente ni siquiera ha sido concebido aún, pero que se interesará en conocer cómo era su ciudad antes de que él naciera y lo indagará con la misma curiosidad con que nosotros nos detenemos a identificar la esquina o la fuente que aparecen en las fotos del viejo Monterrey que de vez en cuando exhiben por ahí para recordarnos cómo eran las cosas antes del automóvil, de la electricidad, del pavimento y de las obsesivas manías modernistas que todo quiera cambiar.

Todos sabemos que en esas ruinas de "segunda guerra mundial" como las llamas con coraje y resentimiento, los traxcavos no sólo levantaron el piso y derribaron edificios sino que cargaron con sueños, con voces, con recuerdos y con los ecos de unos pasos que las recorrieron quién sabe cuántas veces y quién sabe con cuántos estados de ánimo diferentes. Ahí

se fueron descubrimientos y mentiras, dolores y bromas, promesas no cumplidas y juramentos reiterados. Es verdad. Pero también es verdad que nuestros hijos recorrerán otras calles y encontrarán otros rincones y saborearán las mejores tortas de mundo (aunque tú digas que ya no son como las de antes) en una esquina, sobre una mesa de lámina pintada con el anuncio del refresco que sustituyó al "Spur" y un día escucharán el nombre de Bergman por primera vez y se quedarán como esfinges enamoradas ante la presencia inhibitoria del ser amado y se sabrán de memoria los recovecos de la macroplaza que tú tanto detestarás y llevarán a sus hijos a pasear por ella y les contarán que su abuelo (tú) conoció lo que hubo ahí antes de esa plaza y cruzó el río cuando se atravesaba por un vado. Y los hijos crecerán y verán a tus hijos (sus padres) quejarse de la destrucción del viejo y bello Monterrey (que tus nietos verán feo y sin chiste) y los oirán contar cómo las tortas ya no son como las de antes y entonces habremos aprendido una vez más que todo tiene que cambiar para seguir igual. Todo menos las montañas.

ROSAURA BARAHONA, 1942.

Narradora, periodista, catedrática. Nació en la ciudad de México. Estudió la licenciatura en lengua y literatura en el ITESM, graduándose en 1963. Estudió en España de 1968 a 1971. En 1978 con el cuento titulado "La mula" obtuvo el primer premio de cuento, convocado por la Casa de la Cultura del Estado de Durango. Su obra se encuentra reunida en *Compresencias* (1984, ITESM).

Los títulos de sus antologías de cuentos son "*Abecedario para niñas solitarias*", "*El pescador de estrellas*" y "*¿Por qué no Ferlos Ocarido?*"

- B. 1.- Lee el texto "Quince años de literatura mexicana contemporánea" de Ma. Luisa Puga.
- 2.- Resume de qué trata el texto.
- 3.- Explica la valoración que hace la autora de los aspectos de la vida que trata en su texto.
- 4.- Relaciona los aspectos valorados con el esquema de los aspectos morales de Alfonso Reyes en su "Cartilla Moral" y jerarquízalos.

Quince años de literatura mexicana contemporánea

MARÍA LUISA PUGA

Salga usted de Zirahúen, Michoacán, fuereña ahí vecindada desde hace cinco años, y váyase hasta Monterrey. En un Volkswagen, además. No es fácil, se lo aseguro. Sobre todo, no es rápido. Pero es la única manera si lo que usted quiere es ver este país. Si lo quiere ir viendo mientras piensa qué es lo que ha pasado con la narrativa contemporánea en estos últimos quince años. Porque a eso va: al Primer Encuentro Nacional de Escritores, en Monterrey, Nuevo León.

Y pronto cruza las fronteras de los familiar. Deja atrás Morelia y con palpitante optimismo enfila hacia Salamanca, Celaya, San Luis Potosí... Su convivencia con los trailers se va haciendo normal. Por aquí anda la riqueza del país, en estas moles rodantes que se suceden vertiginosamente.

El ruido. Fundamentalmente ese es el paisaje en el que ha desembocado y es el hilo conductor hasta Monterrey. Está presente en esa novela que ha decidido leer en el camino como acertada preparación para todo esto: *The Monterrey News*, de Hugo Valdéz Manríquez, Grijalbo, 1990. Esto es lo que ha venido pasando en la narrativa mexicana contemporánea, va a pensar usted acalorada, asombrada del perfecto sopor con que aguantan un día más los comerciantes del pueblo que queda atrás. Y el joven narrador, en cambio, da detalles diligentemente en ese primer capítulo que va estructurando una mañana en el ajetreado centro de la ciudad de Monterrey. Qué mejor que el ritmo de la carretera para ambientarla: vehículos por todos lados, amorosamente envueltos en sol. Calor.

¿Qué ha pasado con la literatura mexicana en estos últimos quince años?, quieren saber en Monterrey. ¿Qué ha pasado en la literatura de Nuevo León desde que les ocurrió Alfonso Reyes?, se pregunta usted a su vez. Bueno, Gabriel Zaid... a quien difícilmente se asocia con el Estado de Nuevo León. Pero no es por los nacidos en Monterrey por quienes usted siente curiosidad. Es por esa ciudad enorme y tumultuosa; trabajadora y cándida; fronteriza y cerrada.

Afianza muy bien su libro, *The Monterrey News*. En esas rectas interminables, en esa sierra adusta en donde no hay más que montañas y aridez, bajo ese luminoso atardecer rumbo a Ciudad Victoria, Tamaulipas, usted intuye que algo ha estado sucediendo en la literatura mexicana: una liberación de temas, de tonos, de perspectivas. Un desperezarse del sueño literario para decidirse a asumir una realidad literaria. Con gusto recuerda ciertas novelas de Ignacio Solares, ciertas crónicas de José Joaquín Blanco, el tono impúdico de Angeles Mastretta, la seriedad cumplidora de Silvia Molina, el humor inquietante de Guillermo Samperio, las tramas juveniles e incansables de David Martín del Campo... para no hablar de los otros que fueron, son y seguirán siendo extraordinarios narradores, Carlos Fuentes, Vicente Leñero, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis...

Vigorosa y robusta sí es, se dice mirando el caer de la tarde con sorpresiva nostalgia, sintiéndose lejos de todo en medio de esa aridez en la que, increíble, descubre aquí y allá caseríos chaparritos y apretados, como enojados ante esta carretera tan transitada por vehículos pesados, coches de lujo velocidades sin límite. El asfalto es el escaparate inalcanzable que presencian los caseríos mudos, fantasmales, pero ineludibles.

Y se pregunta entonces: ¿Entra toda esta gente en la literatura, o de ahí también ha quedado expulsada? ¿No es cierto que cada vez que llegamos a las afueras tan uniformemente feas de cualquier ciudad o pueblo hay alguien que atraviesa la carretera con un casco de refresco vacío? ¿O qué en cualquier curva de cualquier camino, por remoto que sea, aparece la cara de un campesino en paciente espera?

Gente, por todos lados gente, gente para todo en un país gigantesco que no la toma en cuenta. ¿La literatura sí?

En esta su primera novela, Hugo Valdéz Manríquez se muestra ansioso por hacerlo. Los personajes desfilan en las primeras páginas con sus retazos introductorios de vida, armando un mosaico completo de la desigualdad de esa ciudad, no de cualquier ciudad, de esa: Monterrey, con su Cerro de la Silla -que usted busca inútilmente, hay demasiada neblina-, sus grandes avenidas y hoteles antiguos, como el Ancira, que es justamente a donde usted se dirige con espíritu temerario. El tráfico del D.F. es un juego de niños comparado con esto, porque además del caos urbano que todas las ciudades del interior remedan del D.F., aquí existe el inverosímil calor. El espeso, pesado calor (y en invierno el frío), que no han impedido que

Monterrey sea la primera ciudad industrial del país.

En el lobby del hotel Ancira, espacioso, refrigerado, amable, el mundo se detiene en seco. El hotel Ancira es la meta. Es ahí, en su bar o en su restaurante en donde el mundo se pone a prueba. Convenciones de rotarios, de hombres de negocios, de psicólogos... Charlas confidenciales entre hombres y mujeres; prostitución discreta; soledades. Es el corazón de Monterrey. Ahí comienza la noche desde las cinco de la tarde.

¿Y los demás escritores dónde están? Clamatos, Piñas Coladas, Cubas. Diligentísimos camareros van y vienen enfundados en trajes muy propios, en tanto que los huéspedes, la población local, todos, discuten el mundo de las finanzas y la tecnología en mangas de camisa. Rostros morenos y rubios que lucen la misma gravedad, el mismo empeño: dinero, dinero, dinero. ¿Está presente el dinero en la narrativa contemporánea?

Las mujeres son particularmente voraces. Tienen una expresión de ambición desmedida. Feminismo, cultura y dinero. Todo refundido en una misma actitud: llegar a la cima del poder social, piensa usted, oyendo las palabras del joven novelista, que se pasea por las distintas clases sociales de la región más transparente del D.F., con un desparpajo a ratos un tanto fallido por ese anhelo de abarcarlo todo.

Pero esta ciudad nació con el conflicto encima, de todas maneras. Nació de una actitud solapada: ser la capital de un reino. No ser una capital más en la Nueva España. Sobre todo: no ser una segunda capital, o tercera o cuarta. Desde su fundación, ya traía ese sentimiento: Ser. No parte de.

Esta ciudad, se dice usted caminando por las calles aledañas al hotel, es como la novela de Valdés, o viceversa. Apresurada, incontenible, a veces inexperta, pero cierta, viva. ¿No estaban ahí las mismas calles, los mismos negocios, el mismo ruido que en el D.F.? Hidalgo, Madero, Zaragoza, Juárez... ¿Será esto lo que nos hace país?, se pregunta sorteando autos y autobuses. Este tumulto, este desorden que vienen a recaer en los nombres de nuestros héroes patrios. "Juárez era la avenida de los buenos intentos: el ideal político de la Preparatoria Uno, los colegios para el secretario y las escuelas para los venidos a menos, a los que nunca fueron, y para aquellos que no habían perdido todavía la esperanza cuando enviaban a sus hijas a escuelas donde exigían faldas a cuadros escoceses que mejoraba un poco las figuras sin gracia de las jovencitas" (p. 79). Y al entrar de regreso al hotel, comprueba la fruición con que todos usan sus teléfonos celulares.

Este programa del encuentro: ITESM, CAMPUS MONTERREY, Miércoles 17 de abril, 3:30. Inauguración: Ing. Patricio López del Puerto, Director de la División de Ciencias y Humanidades. 3:34. Mesa Redonda: Literatura y Cultura de la Región. Lic. Alfonso Rangel Guerra, Secretario de Educación y Cultura del Estado, Lis. Rosaura Barahona, Lic. Víctor Zúñiga, Lic. Ramiro Estrada Sánchez, Margarito Cuéllar, Rubén González Garza.

Pues no, se dice con alivio, aquí los escritores todavía no. Esto suena oficial más bien. Jueves 18, mañana: Aline Petterson, María Luisa Puga, Armando Partida. Tarde: Carmen Boulosa, Hermann Bellinghausen. Mesa Redonda. Viernes 19: Sara Sefchovich, José Agustín, José Emilio Pacheco. Tarde: Mesa Redonda, Hugo Argüelles...

Los programas son unos y las realidades otras, y hay que ir navegando entre eso. Novela intimista, narrativa, poesía, teatro, crítica, crónica, historia literaria.

El amplio salón de la Rectoría el Tecnológico estaba lleno, no se permitía fumar. Afuerita sí. Más afuerita todavía estaba la ciudad de Monterrey, con sus 40 grados de calor y su bullicioso tráfico. La gente, la inmensa mayoría de la gente, no se iba a enterar de lo que ha pasado en la literatura mexicana en los últimos quince años. Ni le importaba, la verdad. Pero ¿en dónde estaban los escritores locales? Ni entre los ponentes, ni entre el público que, se asombró usted, pagó la entrada de 150,000 pesos el boleto para asistir al encuentro. Realmente insólito. Y mañana y tarde llegaban puntuales, dispuestos a no perderse una palabra.

Decepcionante no conocer a Hugo Valdés. No poder decirle cuánto he disfrutado su novela. Cuánto disfruta la ciudad gracias a su lectura. Debería haber estado presente y leer fragmentos, por ejemplo: "Los que llegamos desde Cerralvo hasta la Villa de Santa Catarina para trabajar en los hilados y tejidos de la Fama; los que llegamos de Bustamante y dejamos el arado sobre la tierra para alzar una casita y el inicio de una generación que mereciera recordarse; los que animamos el peso del trabajo

duro en las minas de Lampazos y que arribamos acá para recibir un ingreso de jornales en la American Smelting and Refining o en la Compañía Fundidora de Fierro y Acero que costó una fabulosa suma de millones de pesos de los que había a principios de siglo..." Presente, sí, para poder decirle que así es como tiene que ser una primera novela. Con toda esa ambición e impaciencia, con todas esas lecturas presentes y todas esas ganas. Que ahí, justamente ahí, estaban los últimos quince años de la literatura en México.

Pero no estaba, ni él ni ningún otro. Aspirantes a escritores sí había: señoras, jovencitos, mujeres, periodistas. Con qué atención escuchaban y tomaban notas. Con qué decisión llegaban y compraban libros y pedían firmas. Con qué esmero hacían preguntas. No, ni el teatro, ni la poesía van a desaparecer como géneros, y la crónica probablemente se haga cada vez más vigorosa. Es la más próxima a la gente. Es la que le da su reflejo antes que nada. Son los hechos su material, tal y como acontecen, y la chamba del cronista es estar ahí para relatarlos y desaparecer tras ellos. Es tal vez el género más humilde, insistió Hermann Bellinghausen. El cronista no puede reorganizar nada como el novelista, ni interpretar como el poeta, ni encarnar como el dramaturgo. Es la presencia ante los hechos para que éstos se hagan visibles ante la gente.

De hecho, la novela, la poesía y el teatro incorporan más y más a la crónica como otro recurso para abordar sus temas que, concluyeron los ponentes, son diversísimos. En una época de crisis general, de ideologías quebrantadas, de conceptos dejados atrás, la literatura trata de hablar de la vida desde todos sus ángulos, con todos sus géneros y en todos los tonos. Lo que quiere es contar lo que ve. Lo de antes, lo de ahora. Tender un punto entre el lector y su sociedad. Convertirse en una interlocutora clara, irónica, divertida o dramática, pero clara. Que sus palabras resuenen límpidas en contraste con la verborrea del sistema. Y los aplausos de todos a todos.

Con entusiasmo incontenible, usted quiere recomendar: Lean su novela, regiomontanos, lean la novela de Hugo Valdés Manrique y véanse ahí. Vean su rostro y su memoria; su explicación; sus orígenes y su presente. Son ustedes el gran personaje, la trama y la estructura. Este es el calor que permea toda la novela. Este calor hablado, narrado, metaforizado.

Pero no lo hace porque siente timidez, y además Hugo Valdés ni vino. Ya en la habitación del hotel, con muchos manuscritos y revistas literarias, publicaciones de talleres y poemas sueltos, se dice que los encuentros de escritores están muy bien, pero por qué serán tan lejos.

MARIA LUISA PUGA

María Luisa Puga nació en México, D.F., en 1936. En 1978 publicó su primera novela *Las posibilidades del odio*. En 1979 aparece la colección de cuentos *Inmóvil sol secreto*. Ha trabajado en la redacción de varias editoriales. Tiene inéditas las novelas *La Reina* y *Cuando el aire es azul*. María Luisa Puga dijo en una entrevista: escribo en un cuaderno una especie de notas que son incoherentes y horriblemente sentimentales y que casi nunca releo, pero que registro en el inconsciente. A veces son conversaciones, otras simplemente sensaciones de cosas que he visto, pero son notas como de práctica, como si hiciera ejercicios de piano: antes de ponerme a escribir me echo unas tres páginas de cuaderno.

C. 1.- Reflexiona:

¿Cuáles son los puntos de contacto entre los textos de Rosaura Barahona y María Luisa Puga.

a) Semejanzas

b) Diferencias

2.- a) Escribe un comentario donde expongas los aspectos estudiados en el punto anterior.

b) Relaciónalos con el sistema de valores que subyace en ambos textos.

La interrelación humana se da en diferentes formas: consigo mismo, con los familiares, con los amigos y vecinos, con los compañeros de escuela y los maestros, con los trabajadores donde se labora, con los jefes, con grupos superiores y/o subordinados. En ocasiones se da una interrelación y enfrentamiento con los enemigos en una situación bélica. A continuación se presentan algunos poemas de Pedro Garfias que tienen un tema común con el objeto que los lees y te sirvan para reflexionar sobre la guerra y la paz.

VIII. A. 1.- Lee los textos de Pedro Garfias:

- "Miliciano muerto"
- "Avión en domingo"
- "Capitán Ximeno"

2.- Subraya en los textos las ideas que tengan en común.

3.- Qué tipo de valores expone el poeta a través de sus textos.

Miliciano muerto

PEDRO GARFIAS

Qué dulce muerte le dio
la bala que lo mató

Le vi sobre la trinchera
derribado
con el fusil empuñado.
Tiempos paisajes en flor
le fluían a los ojos
que la muerte no cerró.
Yo vi en sus ojos su vida.
Vi su niñez espantada,
su juventud desolada
sin una interrogación,
Y vi sus días iguales.
Y vi su resignación.

Qué dulce muerte le dio
la bala que lo mató.

Le sacudieron los vientos
rebeldes el corazón.
Con el fusil en la mano
y en la garganta un clamor
salió a defender su tierra,
la que nunca poseyó.
La muerte le ha derribado
con brusquedad de ciclón.

Camarada miliciano:
la bala que te mató
se fue cantando la gloria
de un hombre que se salvó.
Porque has muerto por el pueblo
¡qué dulce muerte te dio
la bala que te mató!

Avión en domingo

PEDRO GARFIAS

Grita la madre al niño:

-Niño, vente a la casa.
El niño corre y corre
con su risita clara.

Mañana de domingo.

En los árboles cantan
luces de paz y campo.
-Niño, vente a la casa.
Y el niño corre y corre
con su risita clara.

Las piedras se enternecen
debajo de su planta
y el viento le acaricia
los bucles de la espalda
como una mano buena...

-Niño, vente a la casa.
-Un globo, madre, un globo.

Cayó, justo, en la plaza
abriendo la sorpresa
feroz de sus entrañas.
El niño rojo y rojo
sobre la acera blanca.
Dos brazos enlutados
le llevan a su casa.